

# La página viva

## La vertiginosa montaña paterna

José de la Colina

*El niño empezó a treparse por el corpachón de su padre, que estaba amodorrado en la butaca en medio del gran patio. Al sentirlo, el padre, sin abrir los ojos y sotorriéndose, se puso todo duro para ofrecer al juego del hijo una solidez de montaña. Y el niño lo fue escalando: se apoyaba en las estribaciones de las piernas, en el talud del pecho, en los brazos, en los hombros, inmóviles como rocas. Cuando llegó a la cima nevada de la cabeza, el niño no vio a nadie.*

—¡Papá, papá! —llamó a punto de llorar.

*Un viento frío soplabla allá en lo alto y el niño, hundido en la nieve, quería caminar y no podía.*

—¡Papá, papá!

*El niño se echó a llorar, solo sobre el desolado pico de la montaña.*

Enrique Anderson Imbert,  
*El gato de Cheshire* (cuentos)

\*\*\*

Profesor académico, ensayista, crítico literario en periódicos y revistas y (hasta donde sé) autor de una cincuentena de libros, el argentino Enrique Anderson Imbert (Córdoba, Argentina, 12 de febrero de 1910-Buenos Aires, 6 de diciembre de 2000), es un hoy casi olvidado precursor del moderno género narrativo, el del cuento brevísimo o la *short-short story*, que diversos críticos y antólogos de habla española (entre ellos los acuciosos y perspicaces Javier Perucho, Lauro Zavala y Fernando Valls) formalmente llaman minicuentos o microcuentos o minificciones.

Acerca de tal género, frecuentemente considerado por los eruditos como menor y “curioso”, como un tipo de divertimen-

to intrascendente que se les ocurre a los autores serios cuando quieren aliviar el aburrimiento de las horas dedicadas a trabajos supuestamente más importantes, el extraordinario minificcionador Jacques Sternberg escribió en el prólogo a sus doscientos setenta *Contes glacés* (Ediciones Marabout, Bélgica, 1975):

“Escribir una novela de más de doscientas cincuenta páginas es trabajo fácil para cualquier escritor más o menos talentoso. Puede hacerse en veinticinco días a razón de diez páginas diarias, lo cual no es excesivo para un novelista capaz de teclear a la velocidad de una mecanógrafa medianamente eficaz. Pero escribir doscientos setenta cuentos, generalmente breves, es muy otra historia. Ya no es asunto de la cadencia de la tarea, sino de inspiración, pues exige doscientas setenta ideas, que no fácilmente se hallan en un año o en cien”.

Bajo los títulos *El mentir de las estrellas*, *Las pruebas del caos*, *El grimorio*, *El gato de Cheshire*, *La locura juega al ajedrez*, *La botella de Klein*, *El anillo de Mozart*, *Cuentos en miniatura*, etcétera, Anderson Imbert recopiló innumerables minificciones que como *noctuelles* (según llaman los franceses a ciertas efímeras mariposas nocturnas) revolotean sobre sus dizque más serias tareas académicas o periodísticas y sus libros de análisis literario y alrededores. Entre esos cuentos hay muchos que, como este de “La montaña”, deben su magia a la sabia progresión de actos y detalles físicos hacia la sugerencia del vértigo. Rara vez se habrá evocado con tal sobria y precisa narratividad el mito de la figura del Padre a la vez particular y universal y tan mortal como inmovible en el Hijo. Quizá la anécdota originadora del cuento interese a los psicólogos y a otros acuciosos buscadores de significados, símbolos y “temáticas”, pero acaso lo que fascina en esta breve pieza de ficción es su final en abismo y vértigo. Bastan unas sencillas líneas sólo enunciativas para que sintamos el viento frío que ulula en el pico de la montaña y la soledad del huérfano que seremos o somos todos.

Aunque no suele ser considerado en ninguno de los prestigiados libros antológicos, por ejemplo: la *Antología de la literatura fantástica* y los *Cuentos breves y extraordinarios*, de Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares (que incautamente afirman en el prólogo del segundo: “Lo esencial de lo narrativo está, nos atrevemos a pensar, en estas piezas; lo demás es episodio ilustrativo, análisis psicológico, feliz o inoportuno adorno verbal”), Enrique Anderson Imbert debe ser reivindicado como un gran maestro de la minificción y un autor de páginas vivas. **U**



Enrique Anderson Imbert